

que por collar lleva la cadena de los seres, que ha de recoger Júpiter. He aquí el lazo que une estas emanaciones del Himalaya con las formas del arte de Fidias.

«Surgió del fuego del sacrificio un ser sobrenatural, de esplendor incomparable, poderoso, heroico, marcado con el signo de los augures, vestido de ornamentos divinos, alto como la cima de las montañas, formidable como el tigre, con espaldas y flancos de león, radiante como la llama del sol, cubiertas las manos de anillos, rodeado el cuello de un collar de veintisiete perlas, parecidos los dientes al rey de los astros, y que tenía abrazado, como á esposa muy amada, un ancho vaso de oro incrustado de plata y lleno de la ambrosía de los dioses. Este ser exclamó: «Yo soy una emanación de Brahma, descendido á la tierra.» Dicho esto se hizo invisible, y en aquel instante las moradas de las mujeres irradiaron de gozo, como cuando el aire brilla con los rayos de la luna otoñal.»

Podemos concluir de las reflexiones precedentes el hecho de que Dios, presente en todas partes, puede encarnarse á la vez en muchos héroes, ó en una familia, ó en toda una raza de hombres. Conversa consigo mismo, se busca, se persigue, se interroga y se responde, sin dejar apenas lugar á la humanidad para obrar y desenvolverse. Los dioses se hacen hombres, y los santos, ascetas y héroes se convierten de virtud en virtud en dioses. Ninguno permanece en una condición y forma precisa; todo

se agita en el seno de una misma persona infinita, del Ser eterno, que eternamente se transforma en toda criatura, en brizna de hierba, en onda de río, en príncipe de las serpientes, en rey de los hombres. De esta suerte el héroe de la epopeya es también el héroe del panteísmo. En la poesía homérica los dioses y los hombres se dividen la acción, siendo tan diversos sus destinos, que no es posible confundirlos nunca. El cielo y la tierra se equilibran, por decirlo así, siendo ésta una de las causas que producen la serenidad de la poesía griega. En la otra extremidad de la antigüedad, entre los romanos, los dioses casi han desaparecido ó sólo han conservado la máscara, de modo que en Virgilio el lugar de la fe y de la religión está reemplazado por combinaciones puramente humanas, defecto opuesto al de la poesía india, la cual, en la embriaguez de sí misma, es un acto de fe más que una obra de arte. La India es la poesía; la Grecia es el poeta.

Pero no sólo trazan aquellos monumentos la historia de las creencias, sino que pintan además muy al vivo la naturaleza física y el clima del Alta Asia. Á medida que el héroe viaja al través de las selvas primitivas, interroga á su guía sobre la historia y el nacimiento de las montañas, de los ríos, ocupando la pintura del origen de las cosas tanto espacio como la narración de las acciones. Aquí es donde han de buscarse aquellas nativas imágenes colosales, que tienen algo del niño y del

gigante y que son la primera geología de la humanidad: los cuatro monstruosos elefantes que en los cuatro puntos cardinales sostienen el mundo; la isla de Ceilán apoyada en el fondo del mar sobre la concha de una tortuga inmóvil; la serpiente que, enlazándose á los flancos de la montaña, la arranca de cuajo. Cada selva, cada flor, tiene su historia, y á la genealogía de las tribus y de los pueblos se une la de los diamantes, perlas y lirios. Y es que la creación no está aún descrita y acabada, y continuándose al través de los versos del poema, constituye en sus épocas sucesivas parte de las escenas del *Ramayana*. Nuevas organizaciones terrestres le prestan al surgir nuevos episodios, y el mundo físico, que parece brotar incesantemente al soplo del poeta, engrandécese al mismo tiempo que el mundo ideal, como un héroe verdadero. El nacimiento del Ganges bajo este punto de vista es uno de los más famosos fragmentos de la obra de Valmiki:

«En aquel tiempo la tierra era mansión de tórtolas y aves celestes; los sabios vieron la caída del Ganges desde las alturas del éter hasta el fondo de los valles. Los dioses mismos, llenos de sorpresa, llegaron en sus carros tirados por caballos y elefantes, para asistir á la llegada maravillosa del Ganges (1). Iluminado el aire por su presencia y por el esplendor de sus ornamentos, brilló con el

(1) En el original el *Ganges* es femenino.

resplandor de cien soles, al paso que las escamas de las culebras de agua y de los cocodrilos fosforescían á la luz. Á través del blanco vapor de las aguas, quebradas en mil choques, pareció la luz velada bajo brumas otoñales, como bajo las alas de una bandada de cisnes revoloteando en el abismo; aquí el agua se precipitaba en torrentes, allá se adormecía majestuosamente en su lecho, más lejos desbordábase por todas partes ó se sumergía en las cavernas y volvía á brotar mugiendo. Caída primero á la frente de Dios y deslizándose de su cabellera de nieve á la tierra, prodigábase esta ola sin agotarse. Y los sabios, que habitaban sus orillas, pensando: «Este es el rocío de la frente de Dios», sumergiéronse en él de repente. Y todas las criaturas vieron con júbilo la llegada del agua celeste, y todas se purificaron en las corrientes del Ganges.»

«Y el rey de los hombres, señalando el camino á la corriente, lanzóse sobre su carro resplandeciente, mientras que el Ganges precipitábase tras de él; los dioses, los sabios, los genios con el príncipe de las serpientes, con el rey de las águilas y el de los buitres, siguiendo las ruedas de su carro, alcanzaron el Ganges, soberano de los ríos, purificador de toda mancha.»

El genio oriental aparece aquí tan desbordado como el río. Aquel rey que sobre su carro de oro muestra el camino á las sagradas ondas, aquellas criaturas que le rodean y representan el universo

llamado á tal espectáculo, aquella asamblea de serpientes y cocodrilos, aquella multitud de dioses arrastrados por elefantes, representan al Homero indio en toda su pompa habitual. Y es de notar en este punto que la poesía griega, cuando hace intervenir en la acción alguna potencia de la Naturaleza, la presenta generalmente en figura humana y forma completamente artística. Así es que en tal pasaje hubiera introducido, en vez del río, á un anciano volcando su urna de oro, que arrojaría á torrentes las olas inagotables. Pero entre los indios el hombre no ha impuesto aún su figura á los objetos que diviniza, y por eso el Ganges no deja de conservar, al ser hijo de las montañas, su forma natural, y aunque posee un pensamiento, una voluntad y un alma, carece por completo de fisonomía.

Las relaciones de los héroes con todo el régimen animal constituyen también uno de los rasgos más originales de la epopeya india. No sólo lloran los caballos de Rama, como los caballos de Aquiles, sino que el hombre en general vive en íntima alianza con la sociedad de los animales. El sabio rey de los buitres, el valeroso jefe de los monos, el prudente príncipe de las serpientes, alianse por medio de tratados con el rey de los hombres, dando á entender que la humanidad no dominaba aún de un modo absoluto á la sierva Naturaleza: momento que se halla indicado en la Biblia, cuando los hombres conversaban familiarmente con los animales.

Distinguese sobre todo entre los aliados del héroe Rama dos personajes, Sigravo y Hanumann, príncipes de los hombres de los bosques, reyes de la creación animal, de voz de trueno y altos como la más alta montaña, los cuales estipulan una especie de contrato á nombre de todas las criaturas inferiores. «Aproximáronse—dice el poeta—á la orilla del mar, y abrieron el Océano con la punta de sus flechas, mostrando de este modo que todo el Océano es esclavo de Rama.» Primer acto de vasallaje del universo físico, y pleito-homenaje de la Naturaleza muda á la humanidad, su soberana.

Y la verdad es que cuando vemos en estos poemas surgir ante nosotros esas formas colosales de la creación animal, no parece sino que aquel mundo perdido tiene cierta analogía con el mundo encontrado por Cuvier en nuestros días, y que la escena sucede en medio de los mamnuts, de los paleóterios, de los megaterios y de las demás gigantescas criaturas, cuyas osamentas está hoy reuniendo la ciencia, de suerte que, á la vez que las huellas de la vegetación del mundo naciente han sido conservadas en las hojas de los esquistos como en un libro cerrado por el Creador mismo, aparecen también como eternizadas bajo otra forma en las imágenes y pinturas de aquellas composiciones épicas. El efecto que esta poesía nos produce es llevar nuestra imaginación más allá de todos los tiempos conocidos hasta las épocas en que la genealogía sustituye á la historia: hasta tal punto es

verdad que la más alta poesía y la más profunda ciencia, lejos de excluirse, se atraen, explican, alimentan y confirman la una por la otra.

Si queremos pasar desde el examen de la religión y de la Naturaleza al cuadro de la vida civil y doméstica, debemos entrar en la ciudad por excelencia, en Uyodhya, fundada por Munoo, rey de los hombres. Una descripción, que resumimos aquí, abre las puertas de esta ciudad antediluviana, que parece la superposición de Nínive, Gomorra y Babilonia:

«En las orillas del río se levantaba la ilustre ciudad construida por el rey de los hombres, vasta ciudad cuyo circuito no bajaba de doce jornadas de viaje; sus casas se elevaban hasta las nubes. Regada por aguas manantiales, adornada de bosquecillos y jardines, rodeábala una muralla infranqueable; oíanse por todas partes los acordes de los instrumentos de música y el ruido de las armas; circulaban por doquiera bayaderas, elefantes y caballos; visitábanla mercaderes y mensajeros de todas las regiones, y retemblaba, en fin, sin cesar, con el estruendo del carro de los dioses. Los muros del recinto, formados de diversas especies de pedrerías, parecidos á una mina de diamantes, la rodeaban como un collar, y los techos resonaban con los sonos del tamboril, de la flauta y del arpa. Nadie en aquella ciudad vivía menos de mil años. Veíanse entre los ecos repetidos de las oraciones sagradas, banquetes y reuniones de hombres felices.

ces. Perfumada con el incienso, con las guirnaldas, con las flores y objetos del sacrificio que embriagaban el corazón, estaba guardada por héroes iguales en fuerza á los elefantes que sostienen el universo como una torre, por guerreros que la protegían, como las serpientes de tres cabezas protegen las fuentes del Ganges. El fuego de los sacrificios era conservado por un pueblo de sacerdotes que subyugaban voluntariamente sus espíritus y deseos.»

Tal era la Troya india, en donde el canto piadoso de los Vedas cubría el estruendo de las armas. Mezcla de placer y de ascetismo, eran más bien un templo de dioses que una ciudad de hombres, carácter conforme con el genio de la epopeya, que se movía alrededor de sus murallas. Hemos visto á Mycenas, á Argos y á Thyrinto, la ciudad de Hércules, y podemos afirmar que estas ciudades divinas no fueron nunca, en comparación con la morada real ó imaginaria del Hércules indio, más que verdaderas aldeas.

En esta mansión del ascetismo, multitud de extranjeras dinastías de reyes, cada una de las cuales contaba siglos y siglos, sucédense lentamente y llenan con austeridades inexorables esta vacía eternidad. Arrodillados, inmóviles, elevadas las manos hacia el cielo, diríase que son imágenes de siglos de plegarias y contemplaciones, y reinados de éxtasis que pasan como un sueño: así resume cada pueblo sus recuerdos en la persona de jefes ó

reyes imaginarios, hechos á su propia imagen y semejanza. Entre los hebreos, los patriarcas son emires dotados de una especie de inmortalidad terrestre; en Italia ábrese como un ancho surco la historia de Roma por Evandro, cultivador y pastor; en la India los primeros reyes son figuras ascéticas que, después de haber evocado desde el fondo de los bosques por muda contemplación las primeras formas de la sociedad civil, conservan sus imperios por el solo poder de la meditación, y es una de las grandezas de esta poesía el hacer depender del recogimiento de un espíritu las revoluciones del mundo, no debiendo por esto mismo maravillarnos de que, después de aquellos éxtasis seculares, no quede apenas espacio para la acción ni se encuentre el fuego de la *Iliada* en aquellas epopeyas de la soledad.

Por encima del rey está el sacerdote. Vive éste retirado, ya como un anacoreta en su ermita en el fondo de un bosque sagrado, ya en la celda de un monasterio parecido á los del catolicismo, y en toda ocasión importante va el rey á visitarle, se prosterna á sus pies y le pide consejo. Al soplo de sus labios agítanse los mares, detiéndense los vientos, conmuevense las extremidades del universo y hasta el sol mismo se eclipsa ante el esplendor de su espíritu. Toda la Naturaleza parece como asombrada de sus austeridades y hasta los propios dioses sienten temor ante el sacerdote, que por la virtud se eleva y sobrepone á ellos mismos. Las criaturas

todas exclaman: «¡Oh, Brahma, si este sabio continúa sus maceraciones, nada es capaz de impedir que la humanidad no se vuelva atea!» Nunca el cristianismo en sus más atrevidas leyendas llegó á atribuir tal poder á sus ermitaños, como la India á sus brahmanes. Atraviesan este mundo acabando su oración; el fuego de su cólera es parecido al de los sacrificios; reinan como soberanos tanto en el poema como en la Naturaleza y en la ciudad.

El héroe, sobre todo, les está ciegamente sometido. Instruido por el sacerdote en los libros sagrados, es su discípulo y su instrumento, recordando, más bien que el Aquiles griego, el piadoso Eneas, pues tiene menos de la casta guerrera que de la sacerdotal. Sus espaldas son de león y sus ojos del color de la flor del loto. Por su palidez parécese al lirio de las aguas, y su aliento es embalsamado como el aliento de una ninfa. Antes de comenzar el combate, cumple sus devociones matinales, preparándose á las batallas por la abstinencia, y vuelto de la pelea, refrigera aún su alma con la fuerza de las santas austeridades, y hasta muchas veces cúbrese con el cilicio de los religiosos. Dulzura, unción, obediencia, escrúpulo, tales son las virtudes del héroe sacerdotal, que en medio de los guerreros, semeja el fuego del sacrificio rodeado por los sacerdotes. Todos sus deberes están resumidos en estas palabras que Rama oye de su padre en el momento en que por primera vez va á abandonarle:

«¡Oh hijo mío! sé humilde y cortés; obedece á los bracmanes consagrados al estudio de los Vedas; recibe su instrucción como el néctar de la inmortalidad. Los bracmanes son grandes; poseen la fuente de la prosperidad y de la dicha. Ellos han sido enviados como dioses terrestres entre los hombres para asegurar la existencia del mundo; son los guardianes de los Vedas y de las leyes inmutables de la virtud; poseen, en fin, la ciencia de los arqueros. Estate siempre á caballo, ó en un carro, ó en un elefante; instrúyete en el arte de gobernar; envíame sabios mensajeros.» Habiendo hablado de este modo, el rey de los hombres añadió todavía: «Ve, hijo mío.» Y sus ojos se llenaron de lágrimas, y su palabra fué ahogada por sus sollozos.»

Buscad un ideal semejante en el héroe, y no lo encontraréis seguramente bajo las tiendas de Aquiles ni de Ajax, siendo necesario atravesar toda la antigüedad clásica y penetrar en el corazón del cristianismo. Las relaciones del guerrero y del sacerdote indio son precisamente iguales á las del piadoso caballero y el ermitaño en los romances de la *Tabla Redonda*. Percebal le Gallois, Lancerote del Lago y Tristán, siguen el mismo género de vida que Rama, Bharata y los demás héroes de raza india. Como estos últimos, persiguen aquéllos un ideal de perfección moral bajo el símbolo del Santo Graal, y una eterna maceración aflige á unos y otros, sin otra diferencia que el caballero errante en las tristes selvas de los Ardennes se arma, más

contra las seducciones de su corazón que contra los encantamientos de la naturaleza exterior. ¡Quién hubiese creído que la epopeya del feudalismo cristiano tenía su análoga en el valle del Ganges, y que era necesario ir á buscar al golfo de Bengala los antecedentes de la caballería fantástica de la Bretaña encantada de Merlin! Este parecido entre los personajes se encuentra también en la acción del poema, pues no podía menos un mismo género de vida de producir epopeyas análogas.

Desde el principio suplica el rey á los dioses en su ciudad gigantesca que le concedan sucesión, y la Divinidad suprema en efecto descende á la tierra y se encarna en las personas de cuatro hijos del monarca, héroes dioses que crecen ya y se hacen hombres antes del fin del primer libro. Instruidos muy pronto en los Vedas, viene el gran sacerdote á demandar su auxilio contra el rey de los infieles. Vacila el padre al principio en entregar á sus hijos á los peligros de la guerra, y quiere él mismo partir en su lugar, pero dominado al fin por la autoridad del sacerdocio, ejecuta sus órdenes. Entonces Rama y su hermano reciben armas encantadas, entre las cuales se halla un arco que ni los reyes ni los dioses son capaces de manejar, y así armados, llévaseles en presencia de los príncipes y de una asamblea del pueblo. Es interesante observar cómo esta situación completamente homérica ha sido tratada por el poeta indio.

«El virtuoso brahmán, dirigiéndose entonces con júbilo á Rama, le dice: «¡Oh tú, cuyo brazo es poderoso, toma este arco divino, incomparable, ensaya tu naciente fuerza!» Á estas palabras del sabio, Rama respondió: «Yo atirantaré este arco celeste, y lanzando la flecha al blanco mostraré mi fuerza.» «Bien está», replicaron el rey y el sacerdote. Entonces Rama, ante la absorta multitud que le miraba, cogió rápidamente el arco con una sola mano, y sonriendo se preparó á disparar una flecha, pero por la fuerza de Rama el arco se rompió por el medio. El sordo ruido semejó al del hundimiento de una montaña ó al rugido de la boa sobre las cimas de los montes Sukra. Aterrados todos por el ruido, cayeron en tierra, excepto el sacerdote, el rey y los dos descendientes de la raza de los Rughous.»

Es imposible no recordar ante este pasaje el arco de Ulises, y salva la hipérbole del final, se le tomaría por una página de Homero caída en el Indus de la caja embalsamada de Alejandro.

Después de una serie de combates, en los que interviene siempre el sacerdocio, el glorioso Rama es desterrado al fondo de una selva por orden de su padre, á quien han engañado con falsas sospechas; pero este anciano rey no tarda en arrepentirse de su injusticia, constituyendo una de las partes más bellas del poema el episodio en que este monarca de barba secular se entrega á un dolor sin límites. Y esta figura, hasta entonces impasible

y muda, despiértase al sentimiento de la vida real por el de la desesperación, y aquel rey, que debía creerse inmortal, se siente desfallecer á la primera impresión del dolor. Es demasiado grande esta escena para que dejemos de citar algunos de sus rasgos. Muestra el poeta al principio el cambio que se operó en aquella ciudad, que él mismo había pintado como la mansión de eterna felicidad. Desde que se ve privada de su héroe, queda semejante al mar que cae en el silencio cuando los vientos dejan de soplar, ó á un altar despojado después de concluido el sacrificio. Luego traslada la escena á lo interior del palacio:

«Obligado á oír la queja de la madre de Rama, llenóse el rey de angustia, y traspasado al fin por el aguijón de los remordimientos y cerrando sus ojos, cayó desvanecido sobre su lecho. Recobrado después de algún tiempo el sentido y viendo á la reina cerca de él, dirigióle estas palabras: «¡Oh, reina, yo te suplico que olvides mi proceder; por el amor de tu hijo, no añadas el veneno á mis profundas heridas! Mi corazón está ulcerado, y tus palabras son para mí tan terribles como los estallidos del trueno. Tú conoces las pasiones del hombre; yo te conjuro en mi agonía; no me agobies más, ya que me ves herido y abrumado por los dioses.» Al oír la reina estas palabras y gemidos reprimió su dolor, y juntas las manos, la cabeza prosternada á los pies del rey, respondióle: «¡Oh rey de los hombres, perdóname! Privada de la reflexión en el

colmo de mi desgracia, dije lo que jamás había de haber pronunciado. Aquella á quien su esposo, semejante á los dioses, suplica con las manos juntas, está perdida en esta vida y en la otra si no accede á sus súplicas. ¿Qué dije yo en mi amargura? El sufrimiento destruye la inteligencia; el dolor destruye la memoria y acaba la paciencia; no hay enemigo más terrible que el dolor. La herida causada por un tizón ardiente ó por un arma mortífera puede ser curada, pero la tristeza, ¡oh rey! que viene del alma, es incurable, y hasta los sabios mismos, los que eran dulces, pacientes é instruidos en los hábitos de la virtud, cayeron debajo del gusano de tierra cuando en su corazón entró la desesperación. Los días transcurridos desde la partida de mi hijo son siglos para mí; mi dolor se acrece como las aguas del Ganges cuando la estación fría ha pasado.» Mientras la reina terminaba estas palabras, el día declinó y el sol se puso.»

«Pero el rey, agobiado de dolor, respondió: «¡Felices los que volverán á ver el rostro de Rama, semejante á la pálida luna de otoño ó al nenúfar en flor! ¡Felices los que le verán volver de las selvas, semejante á la estrella en su curso celeste! En cuanto á mí, ¡oh reina! mi corazón está roto, el dolor ha consumido mi aliento, y mi vida es semejante á la orilla arrastrada por las ondas de un río.»

He aquí cómo esta poesía sabe también expresar dolores humanos, olvidando los sistemas y las

abstracciones del culto y haciéndonos ver, á través de la diferencia de tiempos y lugares, al hombre semejante á nosotros. Esta queja puede sin duda añadirse á las quejas inmortales de la poesía occidental, y aquel viejo rey, sacado del olvido, puede ir á engrosar el coro lamentable de los ancianos consagrados por el dolor, Priamo, Ossián, el padre del Cid, el rey Lear. El monarca indio faltaba en esta fúnebre asamblea.

Después de la muerte del rey, reúne Bharata un ejército para ir en busca de su hermano y ofrecerle el imperio, ejército compuesto de un millón de infantes, cien mil caballos y nueve mil elefantes caparazonados. Con esta multitud entra en el fondo de las selvas, atraviesa el Ganges y va á pedir consejo á un brahmán retirado en la soledad, el cual en su choza de hojas da asilo y alimento milagrosamente á aquella inmensa reunión de hombres, levantándose á su palabra una infinidad de palacios en el desierto. Este encantamiento del universo por la oración del sacerdote está lleno de solemnidad. Mientras él se halla engolfado en la meditación, todos los seres celestiales descienden de sus altas moradas; un concierto de invisibles instrumentos elevase en torno; todos los árboles se transforman en enanos y bayaderas, que llegan por sí mismos á ofrecer sus frutos; ríos de ambrosia corren por el valle, y sus orillas son arenas de esmeraldas y de zafiros. Todo el ejército exclama: «Este es el cielo.» Pero á un signo del brahmán